

Un piano para la miniatura

ABRAHAM BASTIDA AGUILAR

La Miniatura llegó a su casa como todos los días a las dos de la tarde la radio 6.20 tocaba música de “Café Concierto”.

Bueno, eso fue hasta que un día casi 30 años más tarde me lo contó cuando estábamos comiendo allá en el restaurante donde el jardín y el sol se metían sin piedad, con esa falta de educación que podían tener el sol de las tierras Otomías y los jardines invernales de mi tierra. Allá los jardines se meten a los comedores desde donde están los cristales.

La miniatura decía que era porque le tenían miedo a los fríos y las heladas del invierno, la hija de la miniatura decía que todo eso de los jardines, los comedores y el invierno eran fantasías de su mamá desde que vio la película de “Como agua para Chocolate” le habían empezado sus recuerdos de aquí para atrás. Era un problema de edad decía la hija, las mamás después de los cuarenta empiezan a vivir, hasta el medio día viendo y pensando en el futuro y después del medio día empiezan a recordar el pasado.

Pienso que la miniatura empezó a acordarse de su pérdida cuando vio el piano café de media cola, fue un destello en sus ojos que la lleva a aquel año que todos recordamos. Cuando mataron a Kennedy en Dallas.

Ese día llegó de la escuela como siempre, la llevó el Sr. Silva en su camioneta de doble tracción que usaba sólo para ir a la vieja casona de hacendado en el pueblo chico, hasta la ciudad a dejar a sus hijos a la escuela y el recorrido inverso de la escuela a la vieja casona del pueblo chico.

Solo un desvío le permitía pasar por la miniatura a su casa para dejarla en la escuela y al revés. Era una vieja deuda que tenía con el padre de la miniatura. Solo que nadie lo conocía. El origen de la deuda se quedó ahí en la memoria de los viejos.

Bájate miniatura ya llegamos dice el señor Silva sin voltear a donde esta la niña, que en la parte trasera de la camioneta aún trata de hacer tiempo para que por lo menos termine de tocar la primera melodía que sale de la radio, se trata de una parte de la “Polonesa” de Chopin, si señor, nada más recojo mis cuadernos contesta la niña tratando de ganar tiempo para que la melodía no se vaya en la vieja camioneta con todo y doble tracción.

Un poco malhumorado el viejo padre de familia corretea a la niña. Apúrate que tu mamá te va a regañar, ya ve qué puntual es ella para comer. Ya pasan de las dos.

La niña baja, sabe que ya no puede ganar más tiempo para Chopin.

Al momento de ir a cerrar la puerta, la voz de un locutor sale de la radio “interrumpimos la programación de su radio 6.20 para anunciar que hace unos veinte minutos fue balaceado en la ciudad de Dallas, el Presidente John F. Kennedy, se sabe fue llevado al hospital y se teme por su vida”.

La niña termina de oír la noticia en la casa. Entra al comedor y saludando a su padre dice. ¡Papá!, oí en la radio que mataron a Kennedy, como rápido porque me voy a casa de los vecinos a clase de piano.

La niña sale a toda velocidad a casa de los vecinos que tienen piano y lo prestan para que la miniatura pueda tomar sus clases. No son gente local, son forasteros, por eso no son egoístas con sus cosas.

La niña cierra la puerta de su casa, y se queda meditando en sus últimas palabras.

Hija, hoy cuando termines tu clase de piano, me llamas a la oficina, vengo por ti y vamos a comprarte una sorpresa.

La miniatura cree que le van a comprar por fin el tan esperado piano, tiene meses tomando clases en casa de los vecinos. El maestro piensa que tiene facultades, ella no sabe qué es eso de las aptitudes, pero le gusta sacarle sonidos a las teclas cuando las toca, siente cómo sale el ritmo de entre sus manos, lleva el ritmo en todo el cuerpo y sabe convertir sus emociones y angustias en música. Es la única forma que tiene de expresar sus emociones.

Casi no puede atender a la maestra de piano, toda su atención está en el futuro, en el futuro inmediato.
¿A dónde la va a llevar su papá?

¿Le irá por fin a comprar el piano que quiere para no tener que ir todos los días a casa de la vecina? ¿Qué otra cosa le podría comprar papá que aquello que ella añora?

Al terminar la clase, se dispone a salir. La vecina está en la puerta del vestíbulo, la saluda y le dice:

Niña, dile a tu mamá que me disculpe, pero a partir del próximo mes, ya no vas a poder venir a clases. Nosotros nos vamos a vivir a León y tenemos que empacar el piano lo más rápido posible.

A la miniatura ya no le importa lo que diga la vecina, todo será cuestión de horas, para mañana el nuevo piano estará en su casa. Allí podrá practicar todos los días hasta poder tocar como las concertistas.

En el trayecto de regreso a casa, no siente el viento frío que llega a la ciudad cuando el sol se va yendo, sólo piensa en el nuevo piano que le va a comprar su papá.

Tiene tanto tiempo que lo ha pedido que ya es justo se lo compren. La niña sabe que cada año papá compra algo para la casa. Hace tres años trajeron la sala, el año siguiente la lavadora eléctrica y el año que pasó, le tocó su turno al refrigerador.

Ella oyó a su mamá comentar:

La niña quiere un piano para este año, creo que es buena idea porque así puede estudiar música que le da preparación, se debe pensar en la moral, pero también en la cultura.

Gente de nuestro nivel debe educar a los hijos en la cultura.

La miniatura aparentó que no se dio cuenta de los comentarios, pero toma nota de todo lo que dicen los adultos. Es la primera enterada de todo lo que comentan, sabe todos los secretos familiares.

No hay duda, al rato irán por el piano, los indicios se hacen hechos. El padre y la niña llegan a la tienda. El letrero dice: "Artículos para el hogar" "y lo mejor del pueblo".

La miniatura sabe donde está el piano que ella ha visto muchas veces, pero su padre la lleva a la sección de "Aparatos eléctricos". Estamos para servirle se oye la voz de un vendedor, atento, saber de que va a obtener una muy buena comisión. Sabedor distinguir a los clientes que van a comprar, de los que solo van a ver o a curiosar.

La niña ya no entiende que pasa, su padre señala un televisor Phillip's de 21 pulgadas, pregunta el precio por cortesía.

A la miniatura contrario a lo que le pasa a otros niños, le fascina ir a clase de piano, para mostrar a su padre que le puede

comprar un piano, aún que lo sabe con anterioridad. Ordena la compra y dice a la niña.

Mira hija, usa voz de catedrático que está a punto de iniciar un sesuda conferencia. He pensado que mejor que comprar un piano que es muy difícil de tocar, mejor nos compramos una televisión, así podemos ver todo el entierro de Kennedy. Tú puedes ver películas, programas culturales y Rin-Tin-Tin o Lassie.

El padre da por hecho que la miniatura le da lo mismo hacer música que ver T.V. En todo caso ir al cine o ver televisión es más entretenido que estar solo oyendo música. Ver algo integra a la familia, lo otro es para hippie e intelectuales. No le gusta la cataloguen de snob.

Cuando la miniatura termino de contar la historia, aquel día muchos años después, dijo que esa era la razón, por la que no le gustaba ver tele, le duró toda la vida el coraje. Fue por eso que ahora compramos pianos, muebles y aparatos para producir música. De lo del piano, de ser pianista nunca siguió tomando clases, no llegó a concertista por culpa de Kennedy al que balacearon en Texas y de la televisión que transmitió todo el día su funeral. Al padre le perdonó, de hecho nunca le contó su frustración.

La noche cayó y el sol se retiro del comedor, el jardín que se introdujo, se fue de nuevo a su lugar. Los demás caímos en triste silencio. ■



Margret Kholer-H